

## El acompañamiento formativo ignaciano: un proceso personalizado

Luis María García Domínguez

Ignacio de Loyola tiene continuas *conversaciones* espirituales, de viva voz o por carta, con muy variadas personas; pero atiende especialmente a quien Dios llama a la Compañía de Jesús. ¿Cómo acompañar Ignacio de Loyola estas vocaciones de vida religiosa apostólica? Partiendo de su propio camino vocacional y de su acompañamiento de compañeros con una vocación semejante, Ignacio va encontrando un modo personal de ayudar a las vocaciones. Y así acaba configurando un modelo de acompañamiento formativo que no se expone de forma sistemática en ningún texto, pero que se expresa suficientemente en las *Constituciones* y a través del gobierno concreto de las personas. Pensamos que muchos elementos de este modelo de acompañamiento pueden ser extrapolados a otras vocaciones apostólicas e, incluso, a la vida monástica<sup>1</sup>.

Conocemos lo que Ignacio de Loyola piensa del acompañamiento de las vocaciones por diversas fuentes, especialmente las *Constituciones* de la Compañía de Jesús, así como por algunas cartas dirigidas a formadores<sup>2</sup> o a jóvenes jesuitas en formación<sup>3</sup>; con todo, en estas páginas seguiremos preferentemente lo que se dice en las *Constituciones*. Pero también es claro que los *Ejercicios* trazan un proceso espiritual y una metodología adecua-

<sup>1</sup> Ignacio de Loyola y algunos compañeros intervinieron en la reforma espiritual de algunos monasterios; unas indicaciones generales que ofrece, en: IGNACIO DE LOYOLA, Carta a Poncio Cogordán, de 12 febrero 1555 (MHSI, *Epp.*, VIII, 395-397), *Obras*, BAC, Madrid 2013, 937-939.

<sup>2</sup> Algunas cartas dirigidas a formadores son las escritas a Juan Bautista Viola (agosto 1542); Diego Laínez (21 mayo 1547); Daniel Paeybroeck (24 diciembre 1547); Antonio Araoz (3 abril 1548); Urbano Fernandes (de 1 junio 1551); Juan Pelletier (13 junio 1551); Bartolomé Hernández (de 21 junio 1554); Adrián Adrianssens (de 12 mayo 1556). Y a distintos superiores (como 29 mayo 1555).

<sup>3</sup> Cartas dirigidas a jesuitas en formación son las enviadas a los siguientes destinatarios: la carta de la perfección a Coimbra (de 7 mayo 1547); Adrián Iseren (de 2 diciembre 1549); la carta de la obediencia (de 26 mayo 1553); Juan Bautista Ottilio (de 5 agosto y 30 septiembre 1553); sobre el caso de Octavio o Octaviano Cesari (cartas varias de 1553); Teutonio de Braganza (de 1 enero 1554); Bartolomé Romano (26 enero 1555); hermano Juan Bautista (de 23 mayo 1556); Emerio de Bonis (de 23 mayo 1556); Juan Marín (de 24 junio 1556); hermano José (de 4 julio 1556), y muchas otras.

da para iniciarse en ese camino espiritual, de modo que san Ignacio mismo, nos dicen sus contemporáneos, vivía en el espíritu de los *Ejercicios*<sup>4</sup>. Por lo cual parece justo aludir también a algún aspecto significativo de los *Ejercicios* que sea de importancia para la formación inicial de las vocaciones.

*El sustantivo «formación» no aparece en el léxico ignaciano, y generalmente se reconoce como su equivalente el concepto ignaciano de «probación».*

En primer lugar presentamos el *modelo formativo* que Ignacio diseña, luego señalamos su propuesta de *acompañamiento personal en proceso* y en tercer lugar, indicamos cómo es el acompañamiento ignaciano de la oración, ciertamente para vocaciones religiosas y presbiterales, pero también para cualquier seglar que desee vivir a fondo su relación con Dios. Nos vamos a referir siempre, con los textos manejados, a un *ideal* de acompañamiento formativo, pues la manera concreta de aplicarlo y los resultados *reales* que se lograban con la pedagogía ignaciana no pueden ser objeto de esta exposición<sup>5</sup>.

## I. La formación vocacional ignaciana

Comenzamos con una pequeña aclaración. El sustantivo «formación» no aparece en el léxico ignaciano<sup>6</sup>, y generalmente se reconoce como su equivalente el concepto ignaciano de «probación». Este término sirve ciertamente como denominación de una *etapa* formativa, pero no como resumen de su *pedagogía* formativa, pues la probación no agota todo lo que Ignacio concibe como acompañamiento, ya que también utiliza la acogida, la escucha, la interrogación, la instrucción, la exhortación, el consuelo, la ayuda, la amonestación, la confrontación, la propuesta, la práctica de experiencias positivas, la orientación, la confirmación del camino recorrido y otros muchos recursos. De modo que en la pedagogía formativa y en el acompañamiento ignaciano no todo es «probación».

<sup>4</sup> «El Padre observaba exactamente todas las reglas de los Ejercicios en todo su modo de proceder, de modo que parece que primero los ha plantado en su alma»: L. GONÇALVES DA CÂMARA, *Memorial*, n. 226, en *Recuerdos ignacianos* (B. Hernández Montes, Ed.), Mensajero – Sal Terrae, Bilbao – Santander 1992, 163.

<sup>5</sup> Un panorama realista de las primeras vocaciones lo ofrece J. O'MALLEY, *Los primeros jesuitas*, Mensajero – Sal Terrae, Bilbao – Santander 1993, 73-86.

<sup>6</sup> Se habla de coadyutores (espirituales o temporales) «formados», que son los incorporados a la Compañía tras un tiempo de preparación: *Co* 522, 819, etc.

Decimos que el acompañamiento espiritual en la formación se encuadra en un modelo ignaciano de formación que sintetizamos aquí en unos rasgos principales<sup>7</sup>.

1. El *fin apostólico* del Instituto es siempre la referencia obligada para toda la formación, presentado a los candidatos como criterio de admisión y de formación [Co 3, 53]. La formación trata de hacer del candidato un instrumento apostólico idóneo en manos de Dios<sup>8</sup>, lo que se repite respecto a la formación de los estudiantes<sup>9</sup>. Los candidatos son aceptados porque son aptos para el fin apostólico, sea por sus cualidades actuales [Co 101, 102, 147, 152], sea por la capacidad que muestran para adquirirlas a lo largo de la formación [Co 308, 334, 523].

Y, por lo mismo, los impedimentos para admitir son los que dificultarían ese fin apostólico [Co 26, 30, 163, 189, 204]. Por lo cual no se acepta a nadie sin esa aptitud para el fin apostólico [Co 189, 204, 210-217] y todo se ordena desde el noviciado «para que... mejor puedan y más eficazmente emplearse en el servicio de Dios y ayuda de los prójimos» [Co 273].

2. La formación vocacional la realiza *el cuerpo entero* del Instituto, aunque también *personas* particularmente diputadas para ello. En efecto, se habla del superior, el confesor, el ministro y otros colaboradores; y resulta ser formador hasta el cocinero de la casa [Co 84-87, 271, 286, 428-432, 434]. Son instancias formativas la estructura de la comunidad, el trato y vida común, el funcionamiento de la casa, el desempeño de los oficios, las tareas encomendadas; aunque también el trato personal del candidato con sus formadores. Para Ignacio es claro que este trato personal debe trabajar de modo diferenciado el mundo interior y el mundo exterior, de modo que será necesario diversificar las funciones de cada formador. Pues una figura (el superior, el maestro de novicios, el rector de los estudiantes, el confesor) habla con cada sujeto de su mundo interior y de su vida espiritual, con suavidad y comprensión; pero otra figura de la comunidad (el ministro, por

<sup>7</sup> Se puede ver M. RUIZ JURADO, «La formación en la Compañía de Jesús según las *Constituciones*. Finalidad y métodos»: *Manresa* 55 (1983) 171-180; S. DECLoux, «Las *Constituciones*, 'Manual de formación'»: *Manresa* 66 (1994) 19-34; J. M. SARIEGO, «Formación», en *Diccionario de espiritualidad ignaciana*, Mensajero – Sal Terrae, Bilbao – Santander 2007 [citado *DEI* en adelante], 887-891; P. CEBOLLADA SILVESTRE - L. M. GARCÍA DOMÍNGUEZ, «La formación vocacional en las Constituciones de la Compañía de Jesús: un proceso siempre abierto», en J. GARCÍA DE CASTRO - S. MADRIGAL (EDS.), *Mil gracias derramando. Experiencia del Espíritu ayer y hoy*, Universidad Pontificia Comillas, Madrid 2011, 343-377. Documentos recientes sobre las etapas de formación en la Compañía, en P. H. KOLVENBACH, *La formación del jesuita*, Curia General, Roma 2003.

<sup>8</sup> «Instrumento» tiene con frecuencia el significado de colaborador de los superiores (Co 493, 661) y de instrumento apostólico en manos de Dios (Co 30, 638, 661, 813, 814). También en el epistolario ignaciano aparece muchas veces con este sentido.

<sup>9</sup> Ver Co 163, 258, 307, 308, 446, 586.

ejemplo) ha de objetivar su comportamiento con las normas y costumbres, con exigencia y cierto rigor. Pues no puede unir una misma persona las *dos funciones formativas*, ambas necesarias, al comienzo de la formación [Co 431]; y son las dos, no solamente una de las funciones, las que consiguen la integración de los procesos de crecimiento, como suele reconocer la tradición psicológica<sup>10</sup>. El testimonio de Câmara es claro: «me decía (Ignacio) que entre los dos formaríamos una buena ensalada, si él ponía el aceite y yo (que era ministro) el vinagre»<sup>11</sup>.

3. Ignacio de Loyola propone un plan de formación que, cuando funciona adecuadamente, logra su objetivo de formar apóstoles aptos para ser enviados a cualquier misión, por difícil que sea. Y, así, se *concibe la formación como un proceso*:

«Los sacerdotes todos que a Vuestra Alteza se envían [...] han sido muy conocidos y probados en nuestra Compañía y ejercitados en obras de mucha caridad; y por el grande ejemplo de su virtud, y por la mucha y muy santa doctrina suya, se han escogido para esta obra de tanta importancia. Y ellos van muy animados y consolados, con esperar de emplear sus trabajos y vidas en mucho servicio divino y de Vuestra Alteza en ayuda de las ánimas de sus súbditos...»<sup>12</sup>.

4. La formación espiritual incluye instrucción y experiencias. La *instrucción* empieza desde el examen de los candidatos y la «primera probación» [Co 18, 190s, 200]; pero sigue en el noviciado (segunda probación) y a lo largo del período de los estudios [Co 339-349]<sup>13</sup>. La instrucción teórica sobre la vida espiritual es más necesaria en la etapa del noviciado [Co 254, 279], mientras que la instrucción académica estará más presente en el período de los estudios.

Las *experiencias* empiezan por el testimonio y buen ejemplo de sus compañeros y mayores [Co 230, 247, 249, 276, 434], pero también en las propuestas para su entrenamiento vital y apostólico. Las seis experiencias del noviciado [Co 64-79] no son exigencias aleatorias, sino que recuerdan lo que hicieron los primeros compañeros y san Ignacio mismo. Buscan preparar para una vida apostólica que les hará ser peregrinos por

<sup>10</sup> La *integración* del «todo bueno» y el «todo malo» (del principio del placer y del principio de la realidad) es una fase evolutiva madura, superada la *escisión* más propia de estadios evolutivos más infantiles o de una organización psíquica más primitiva.

<sup>11</sup> L. GONÇALVES DA CÂMARA, *Memorial*, n. 83, en *Recuerdos ignacianos* (B. Hernández Montes, Ed.), Mensajero – Sal Terrae, Bilbao – Santander 1992, 86. Ver Co 271, 272, 386, etc.

<sup>12</sup> IGNACIO DE LOYOLA, carta al Negus, de 23 febrero 1555 (MHSI, *Epp.*, VIII, 465), en *Obras*, o. c., 944.

<sup>13</sup> Hay *instrucción* a los candidatos [Co 116, 117, 130, 133], a los novicios [Co 260, 263], a los escolares [Co 137, 307, 333, 345, 400, 401, 414, 516] y en todas las *Constituciones* [Co 136].

el mundo, evangelizadores pobres que cuidan a otros pobres en hospitales y cárceles, personas abnegadas ocupadas en actividades de mucha importancia o en tareas socialmente irrelevantes, siempre entregados a los ministerios apostólicos ordinarios (catequesis, sacramentos), y todo desde la experiencia personal de Dios en sus *Ejercicios espirituales*:

«porque se hallen más dispuestos para hacer lo mismo [...] discurriendo por unas partes y por otras del mundo [...], como la nuestra profesión demanda que seamos prevenidos y mucho aparejados para cuanto y para cuando nos fuere mandado en el Señor nuestro, sin demandar ni esperar premio alguno en esta presente y transitoria vida» [Co 82]<sup>14</sup>.

*La formación es personalizada, pero se busca que todos aprendan y digan lo mismo, para mantener la «unión y conformidad de unos con otros».*

5. La formación espiritual es complementada por un *currículum de estudios* muy pensado [Co 351-391; 453-480]. Los estudios piden muy completa dedicación («el hombre entero», Co 340), pero requieren el fundamento de abnegación y virtud [Co 336] para garantizar un estudio que no busca la realización personal ni la promoción social, sino que se acomete por puro amor de Dios, con recta intención del divino servicio [Co 340, 360s], sin otro interés que el de prepararse «para ayudar a más conocer y servir a Dios nuestro Criador y Señor» [Co 307; ver 351, 400], para responder mejor a los retos del apostolado futuro.

6. La formación es personalizada, pero se busca que todos aprendan y digan lo mismo («*idem sapiamus, idem dicamus omnes*»), para mantener la «unión y conformidad de unos y otros» con vistas a fomentar el «vínculo de la fraterna caridad» para que «mejor puedan y más eficazmente emplearse en el servicio de Dios y ayuda de los prójimos» [Co 273]. San Ignacio valora la creatividad de Francisco Javier en Oriente o de los misioneros populares en Europa; pero desea un cuerpo apostólico unido en la obediencia y disponible para la misión, por lo que es muy enemigo de divisiones ideológicas y banderías, que tanto daño causaban en algunas congregaciones<sup>15</sup>.

<sup>14</sup> En muchos momentos los jesuitas de Europa fueron visitados «con el efecto de la santa pobreza», ciertamente; «por más que si nos comparamos con nuestros hermanos de la India, que en tantas fatigas corporales y espirituales andan tan mal provistos de alimentos [...], mal vestidos y, finalmente, en el hombre exterior con harta incomodidad, no me parece que nuestro padecer sea demasiado duro»: IGNACIO DE LOYOLA, Carta a los jesuitas en diversas partes de Europa, de 24 diciembre 1552 (MHSI, *Epp.*, IV, 565), *Obras*, o. c., 844.

<sup>15</sup> Ver Co 215, 655, 664, 672, 720.

## II. El acompañamiento personal

En el contexto indicado de una formación vocacional institucional, el acompañamiento espiritual personal tiene un lugar preferencial, y en las *Constituciones* está supuesto y explicitado. Es en este ámbito privado donde se personalizan las líneas generales de la formación; aunque, precisamente por este carácter privado y personalizado, no tenemos tanta facilidad de saber cómo se procedía en cada caso particular.

### 1. Una formación personalizada

La formación ignaciana tiene una dimensión necesaria de *relación personal con un acompañante*. Ignacio fue referencia personal indudable para sus primeros compañeros y para otros que llegaron a los comienzos. En los textos aparecen las figuras del maestro de novicios [Co 263s] y del rector de la casa de formación [Co 423s], pero también el superior de cualquier colegio que tenía en su comunidad algunos estudiantes como profesores [Co 371, 391, 417]<sup>16</sup>. Todos ellos deben ser acompañantes de los estudiantes jesuitas a su cargo, aunque con frecuencia pidan consejo al mismo Ignacio o indiquen a los estudiantes que se dirijan a él directamente. Esta atención personalizada se expresa principalmente en una conversación profunda dos veces al año (la «cuenta de conciencia», Co 91-97, 200, 551)<sup>17</sup>, pero también en otros muchos encuentros personales en clima de confianza y apertura.

Y así, al maestro de novicios se le indica que instruya, enseñe cómo manejarse en lo interior y en lo exterior, que motive y «amorosamente amoneste»; se pide que todos le amen, recurran a él en sus tentaciones, manifestándole «enteramente» defectos y virtudes todas, descubriéndose confiadamente a él [Co 263]. El rector de los estudiantes, aunque debe coordinar todas las dimensiones de la formación (el programa académico, la vida espiritual, la formación pastoral, la vida común), mantiene esa relación personal de confianza con cada estudiante a través de la apertura de su conciencia [Co 423s]. Y de modo semejante es el diálogo con los demás superiores de jesuitas en formación, de modo que no existe en la mentalidad ignaciana la distinción y separación que hoy solemos formular entre fuero

<sup>16</sup> De hecho, estudiantes jesuitas no ordenados desarrollaron mucha actividad apostólica en la primera Compañía: J. O'MALLEY, *Los primeros jesuitas*, o. c., 106-108. Hoy está incorporada la etapa de «magisterio» en la formación ordinaria del jesuita: L. M. GARCÍA DOMÍNGUEZ, «Magisterio» en *DEI*, o. c., 607-611.

<sup>17</sup> J. L. SÁNCHEZ-GIRÓN, «Cuenta de conciencia», en *DEI*, o. c., 520-529.

interno (exclusivo del confesor o acompañante espiritual) y fuero externo (ámbito propio del superior).

Consiguientemente, el formador acompañante debe tener *habilidades adecuadas* para mantener este diálogo formativo. En el formador se supone capacidad para escuchar confidencias, para animar, orientar, instruir o corregir a las personas en formación; la corrección siempre de modo progresivo y con amor<sup>18</sup>. Y no basta aplicar la norma, sino discernir la necesaria acomodación personal de la misma, pues la norma es general, pero el discernimiento es concreto; y esta discreción en la aplicación de la regla general es un rasgo típico del acompañamiento ignaciano, como lo es de toda su espiritualidad<sup>19</sup>.

Decimos que la formación se concibe como un proceso. Y, aunque Ignacio describe las fases del *proceso* como *etapas* de formación secuenciadas lógicamente (primera probación > noviciado o segunda probación > estudios > tercera probación > vida apostólica), entendemos en estas páginas que la lógica del *proceso* supera al esquema de las *etapas*, de modo que las propuestas del proceso se incorporan al acompañamiento en toda la formación y no exclusivamente en una etapa determinada. Pues en el acompañamiento se personaliza todo el proceso, independientemente de la etapa temporal en que se encuentre la persona.

## *2. Partir del idealismo inicial*

El idealismo inicial en el deseo de seguimiento de Cristo es el elemento necesario y fundante que pone en movimiento la vocación; podríamos decir que en el principio existía el *deseo*, y sin grandes deseos espirituales no se anima nadie a arriesgar su vida. De hecho, algunos de los primeros compañeros de Ignacio no siguieron el camino de radicalidad que proponía: ni sus compañeros de España [Au 80], ni los primeros ejercitantes de París [Au 77], ni otros que participaron en algunas deliberaciones<sup>20</sup>.

Y así, lo primero en el acompañamiento de la vocación es reconocer y

<sup>18</sup> «En las correcciones [...] primero se amonesten con amor y con dulzura los que faltan; 2º con amor y cómo se confundan con vergüenza; 3º con amor y con temor de ellos»: Co 270.

<sup>19</sup> Ver M. J. BUCKLEY, «Discernimiento», en *DEI*, o. c., 607-611.

<sup>20</sup> Laínez llega a hablar de doce o catorce compañeros en París: J. OSUNA, *Amigos en el Señor*, Mensajero – Sal Terrae, Bilbao – Santander 1998, 95.

*La discreción en la aplicación de la regla general es un rasgo típico del acompañamiento ignaciano, como lo es de toda su espiritualidad.*

alimentar el *deseo personal* de seguir a Jesucristo con una radicalidad todavía indeterminada, pero fuertemente sentida. Vivir en pobreza y castidad suelen ser dos mociones que vienen con el primer llamamiento, como le sucedió a Ignacio [Au 10, 18]. Conforme a esto, a los candidatos se les pide una clara determinación de «dejar el século» y de seguir a Cristo [Co 50, 53], pero siempre imitando su abajamiento y humillación [Co 101-102], renunciando a sus bienes civiles y eclesiásticos [Co 53, 57, 59], a los lazos afectivos y sociales con su familia [Co 60-62], incluso a sí mismos [Co 63].

Por lo tanto, reconocer y dar cauce a estos fuertes deseos forma parte de las primeras fases del acompañamiento de las vocaciones; con mucha frecuencia los *Ejercicios* espirituales constituían un momento privilegiado de experiencia de Dios donde se suscitaban o confirmaban estos santos deseos. En todo caso, sin un fuerte idealismo inicial no arranca el proceso formativo y el acompañamiento personal se atasca.

### 3. Conocer bien al que se acompaña

Los candidatos han de ser inicialmente *muy conocidos* para poder ser bien acompañados y ese es el sentido de un examen de los candidatos tan sistemático y bien organizado [Co 22-52; 104-131]<sup>21</sup>. Este conocimiento incluye todos los aspectos de su vida, de modo que, explorando primero los posibles impedimentos [Co 22-33], se interesa por la familia [Co 36ss], la historia personal de estudios, vida afectiva y sexual, oficios [Co 40-45], historia de su experiencia religiosa [Co 46-49], origen y estado actual de la vocación [Co 50s]. También se añaden interrogaciones más particulares [Co 104-133].

Sin este conocimiento inicial de la persona por parte del acompañante no se le podrá ayudar a crecer en la vocación; pues parece obvio que un ciego no podrá guiar bien a otro ciego (según Mateo 15,14).

### 4. Dar instrucción

La persona bien conocida y que tiene las disposiciones adecuadas continúa su proceso de formación, también en el acompañamiento. Las *Constituciones* indican que se trata de «conservar», pero también de «aprovechar» a estas personas para que «vayan adelante en la vía del divino servicio en espíritu y virtudes» [Co 243]. Eso se logra combinando convenientemente la instrucción y la probación, pues al comienzo de la formación

<sup>21</sup> J. M. SARRIEGO, «Examen de candidatos», en *DEI*, o. c., 837-841.



vocacional se requiere mucha *instrucción* para iniciar una vida muy novedosa. Habrá instrucción colectiva sobre la nueva vida espiritual y comunitaria, pero también la relación personal resulta privilegiada, sea como personalización de esa instrucción general, sea como lugar de explicación para situaciones más particulares.

Pero solo en el diálogo particular se podrá saber si la persona *internaliza* lo que se le propone mediante charlas, lecturas y experiencias; pues no basta verificar los comportamientos de buen religioso, sino la motivación profunda de ellos<sup>22</sup>.

*Al comienzo de la formación vocacional se requiere mucha instrucción para iniciar una vida muy novedosa.*

##### 5. Procurar probación y abnegación

Las *Constituciones* concentran en la etapa del noviciado la *probación*, pero la abnegación que se busca es una *dimensión* incorporada en todo religioso y, por lo tanto, es necesaria en toda la formación. El noviciado es tiempo de apartamiento de anteriores relaciones [Co 244], así como de recogimiento interior [Co 250] y ocupación conveniente [Co 253]. Es tiempo de practicar las renunciaciones a los bienes, a la familia y a sí mismos. A ello debe ayudar el acompañamiento personal, como también a dejarse corregir defectos, aun pequeños; porque no es la importancia de lo corregido lo que ayuda a mejorar, sino la capacidad para ser corregido [Co 63, 269].

De modo que la abnegación no es un fin en sí mismo ni una ascesis pedagógica para la futura obediencia apostólica, sino la base de la humildad verdadera y el fundamento del ejercicio ordenado de las virtudes cristianas. Sobre ese fundamento se propondrá a la persona en formación la práctica de las virtudes, procurando «insistir en las verdaderas virtudes y sólidas»<sup>23</sup> [Co 260], sin dejarse deslumbrar por otras más llamativas pero menos consistentes.

##### 6. Facilitar el ejercicio de virtudes sólidamente motivadas

Es tiempo, pues, de ejercitarse progresivamente en las *virtudes*, pasando poco a poco de la exterior ejecución a su sentido interior [Co 134, 284,

<sup>22</sup> Comportamientos coherentes con la vocación pueden estar motivados por una *complacencia* con los superiores o con el grupo, o bien por una *identificación* ambivalente que no lleve a la *internalización*.

<sup>23</sup> Insiste Ignacio en estas «virtudes sólidas y perfectas» [Co 813], como son la caridad, la pura intención del divino servicio, la familiaridad con Dios, el celo sincero de las almas, la paciencia, la humildad, etc.

349]. Se aplica esto a las virtudes implicadas en los votos: la pobreza [Co 254-258, 287, etc.], la castidad y los afectos [Co 244-246] y la obediencia, en la que importa «no mirar quién es la persona a quien obedecen, sino quien es Aquel por quien y a quien en todos obedecen, que es Cristo nuestro Señor» [Co 286]<sup>24</sup>. Pero la formación espiritual se hará siempre personalmente, «hasta donde cada uno fuere capaz» [Co 277] y, por lo tanto, acomodando a cada uno los criterios y normas generales o dispensando de ello<sup>25</sup>.

También la vida espiritual se prueba y se fortalece tanto en la consolación como en la desolación, «agora sea con muchas visitaciones espirituales, agora con pocas», siempre orientando acerca de los probables autoengaños o «ilusiones del demonio en sus devociones» [Co 260]. De modo que en el diálogo no solo se habla de dificultades, sino de las mociones todas, incluyendo «las penitencias o mortificaciones, o las devociones y virtudes todas» [Co 263].

Últimamente, el punto crucial del diálogo personal ha de ser verificar y ayudar a que exista una adecuada *motivación* profunda de «todas las intenciones, acciones y operaciones» (según *Ej* 46), de modo que «todos se esfuercen de tener la intención recta [...] acerca del estado de su vida [...] y] de todas cosas particulares», poniendo el amor no en las criaturas, sino «en el Criador de todas ellas, a Él en todas amando y a todas en Él» [Co 288]. Este principio rector de toda vida espiritual es también un criterio de madurez espiritual y, por lo mismo, uno de los objetivos de todo acompañamiento personal.

## 7. Acompañar la formación académica

Hay algunos acompañantes, y quizá superiores de formación, que delegan todo lo relacionado con la formación académica a las instituciones docentes; pero Ignacio no piensa así. El religioso bien probado en abnegación y ejercitado inicialmente en virtud necesita una buena *instrucción académica teórica y práctica* de cara a los futuros ministerios apostólicos, y el acompañamiento espiritual tiene la tarea de facilitar el modo «espiritual»

<sup>24</sup> En la pobreza y en la obediencia (no así en la castidad) ayudará que «algunas veces» sean «tentados» por los superiores o acompañantes, «para que den muestra de su virtud y crezcan en ella», aunque siempre «guardando la medida y proporción de lo que cada uno puede llevar» [Co 285].

<sup>25</sup> Hay muchísimas alusiones a la acomodación discreta de las normas por parte del superior a lo largo de la formación: *Co* 64, 80, 247, 249, 262, 270, 279, 280, 290, 363, 367, 369, 370, 376, 381, 382, 385, 391, 435, 437, etc. En el acompañamiento espiritual habrá que aplicar en su tanto este claro criterio ignaciano.

de afrontar los estudios. Lo que se ha de cuidar en el diálogo personal es esa «deliberación firme de ser muy de veras estudiante» [Co 361] a partir de tener el «ánima pura y la intención del estudiar recta» [Co 360]. Es decir, solo aplicándose al estudio «después que se viere en ellos el fundamento debido de la abnegación de sí mismos y aprovechamiento en las virtudes» [Co 307]; lo que se habrá que actualizar frecuentemente. El estudio con esta disposición es ya un verdadero ejercicio espiritual para san Ignacio, de modo que otras «devociones o mortificaciones demasiadas o sin orden debida» pueden resultar impedimento para ello, como pueden también dificultarlo otras actividades, incluso pastorales [Co 362]. Por eso «las mortificaciones y oraciones y meditaciones largas no tendrán por el tal tiempo [del estudio] mucho lugar», pues basta estudiar «con pura intención del divino servicio» [Co 340].

Precisamente el normal *deseo apostólico* del candidato se tiene que sujetar un tanto en las etapas de formación iniciales y durante los estudios académicos, que requieren el esfuerzo de toda la persona. Sin embargo, se cuidará también la formación práctica «en los medios de ayudar a sus prójimos» [Co 400-414], incluyendo el modo de tratar en conversaciones espirituales «con tanta diversidad de personas, previniendo los inconvenientes que pueden intervenir y las ventajas» [Co 414]. Precisamente el acompañamiento espiritual puede ser un buen lugar para orientar personalmente esta iniciación apostólica para que sea realizada con rectitud de intención y sin muchas ilusiones del mal espíritu; aunque alguna no faltará.

La integración del estudio con la vida espiritual puede adentrar al estudiante religioso en la espiritualidad apostólica que le será propia en adelante. Pues en el siglo XVI y en el siglo XXI sucede lo mismo: el «fervor indiscreto» del estudiante religioso se puede desordenar; y un estudiante desordenado no será en el futuro un apóstol que busque pura y rectamente la gloria de Dios y el bien de las almas. Sino que el desorden busca siempre una ganancia secundaria, la gratificación de un interés personal, aunque sea de modo indirecto e inconsciente.

#### 8. *Fomentar la libertad apostólica*

El resultado deseable de esta formación acompañada personalmente es *la libertad y creatividad apostólica* de un religioso que sale a una misión

*Un estudiante desordenado busca siempre una ganancia secundaria, la gratificación de un interés personal, aunque sea de modo indirecto e inconsciente.*

con ciertas habilidades o sabiduría profesional; pero que también muestra una gran consistencia espiritual y apostólica, generosa y libre en su misión itinerante o estable, para responder a las situaciones nuevas que se le pueden presentar en la vida; así será un buen instrumento divino.

La vida de apostolado alimenta y consolida la vocación apostólica, y por eso los jesuitas irán a cada misión que se les encomiende «muy animados y consolados», como está dicho. El buen religioso que se describe en la parte VI de las *Constituciones* [Co 547-602] y el buen apóstol que refleja su parte VII [Co 603-654], constituyen una referencia necesaria para orientar el acompañamiento espiritual desde el comienzo de la vocación. Por lo tanto, habrá que ir introduciendo al religioso en formación en esta libertad y creatividad apostólica ordenada que tales textos describen y que son ya ejercicio espiritual de la vocación.

### III. El acompañamiento de la oración en la formación

Como hemos visto, Ignacio da muchas indicaciones, aunque bastante dispersas, para los distintos aspectos o dimensiones de la formación y el acompañamiento de las vocaciones: el retiro dentro de la casa, los temas de instrucción, la vida en común, la probación y las experiencias, el ejercicio de las virtudes, el estudio ordenado que es «espiritual», etc. En este tercer apartado nos fijaremos en un área importante de las varias que se podrían explorar: cómo acompañar y discernir la oración, según las indicaciones que nos quedan en los textos ignacianos. De hecho el *Diario espiritual* es un discernimiento de su oración que nos adentra en la oración del santo en su madurez. Pero, más precisamente, en los *Ejercicios* y en las *Constituciones* se ofrecen pistas para el acompañamiento de la oración en las etapas iniciales de la formación vocacional. Y, por supuesto, hay datos preciosos sobre el acompañamiento de la experiencia de Dios en tantas cartas «espirituales» y que Ignacio dirige a personas que oran, y viven según su oración<sup>26</sup>.

Dentro del acompañamiento personal formativo Ignacio considera que los *Ejercicios* forman parte del comienzo de la vocación, como está dicho, sea antes o después de la admisión. La experiencia de *Ejercicios* configura al sujeto que los hace, pues «revolviendo toda su vida pasada», medita sus pecados, contempla la vida de Cristo y se ejercita «en el orar vocal y mentalmente» [Co 65; ver 277, 279]. El candidato aprende a orar según los dis-

<sup>26</sup> Por indicar algunas más representativas, las dirigidas a Teresa Rejadell (18 junio 1536; 11 septiembre 1536; octubre 1547) y a Francisco de Borja (finales de 1545; 20 septiembre 1548, julio 1549; 5 junio 1552; 13 junio 1555).

tintos métodos de los *Ejercicios*, pero siempre «según la capacidad de las personas»; de modo que el acompañamiento personal de la oración acaba siendo una de las tareas más significativas al comienzo de la vida vocacional.

### 1. *Acompañar la oración*

Acompañar la experiencia de oración (en los *Ejercicios* y fuera de ellos) incluye, al menos, tres tareas: iniciar a la oración, discernir la oración que hace la persona acompañada y enseñarle a discernir cada vez mejor su propia experiencia oracional.

#### *Iniciar a la oración*

Acompañar la oración es *iniciar* a la oración, dar «modo y orden», explicar los distintos *métodos* de oración y pedir al sujeto que los practique. Los ejercicios espirituales incluyen muchas indicaciones de método, que a veces parecen demasiadas, pero que ayudan mucho cuando son convenientemente dosificadas: anotaciones, adiciones, ritmo y pasos de cada forma de oración, etc. La instrucción ha de ir al lado del ejercicio, de modo que el ejercitante (y la persona acompañada) pueda escuchar las indicaciones, practicarlas, comentarlas y confirmar su utilidad<sup>27</sup>.

Iniciar a la oración supone introducir al método, pero también hacer propuestas de *contenido* de la misma. En los *Ejercicios* los contenidos están muy marcados en cada ejercicio de oración, en los puntos que señala san Ignacio, y que recorren las meditaciones sobre el pecado y las escenas evangélicas de la vida de Jesús, además de algunas meditaciones o contemplaciones más específicas ignacianas. De modo que en el acompañamiento de la oración, fuera también de *Ejercicios*, se puede ayudar sugiriendo textos evangélicos en ocasiones determinadas, materiales concretos que ayuden a orar, incluso lecturas espirituales; cuanto menos facilidad o experiencia tenga el candidato para buscar por sí mismo, más habrá que ayudarle. Aunque en los contenidos pronto bastarán indicaciones muy generales a quien aproveche la instrucción.

---

<sup>27</sup> Ver *Co* 277, 342-345. Habría que iniciarle en practicar los métodos ignacianos de oración, pero también otros que Ignacio no propone, pero que pueden serle de utilidad en su vida diaria de formación y en el futuro de su vida apostólica como, por ejemplo, la lectio divina, la comprensión y gusto por los salmos de la liturgia de las Horas, la liturgia y eucaristía, etc. Presenta distintos métodos M. RUIZ JURADO, *Tratado de la oración mental cristiana. ¿Métodos cristianos de oración?*, BAC, Madrid 2002.

*Una oferta de oración que insiste en el estar consigo mismo puede ser psicológicamente relajante, pero no es propiamente oración, pues no está ante Otro, sino ante sí mismo.*

Hay que iniciar y hay que *dejar libertad* a la persona acompañada, según las indicaciones ignacianas, que desea que el sujeto trabaje «por sí mismo», pues eso es de más gusto y fruto espiritual [Ej 2]; y que una vez que se ha propuesto el método, deja al sujeto «discurrir por lo que se ofreciere» [Ej 53], sin atarse rígidamente al método propuesto sino siguiendo la moción de Dios. A día de hoy, dejar esta libertad en la oración se debería entender siempre dentro de la oración *cristiana*, hecha ante el Dios trinitario. Porque está siendo bastante extendida una oferta de meditación que insiste en el silencio, en el aquí y ahora, en el sentir-se, en estar consigo mismo, en no imaginar, no pensar, en estar en el mundo y casi confundirse con él. Propuestas de este tipo, que en ocasiones puede ser psicológicamente relajante y que puede constituir un preámbulo corporal y mental para la oración, no es propiamente oración, pues no está ante Otro, sino ante sí mismo. De modo que si el formando fuera muy atraído por este tipo de ejercicio, habría que discernir con él en qué medida lo va transformando en oración cristiana o solamente se queda en una meditación natural, zen, psíquica o quizá filosófica<sup>28</sup>.

### *Enseñar a discernir*

Acompañar la oración es iniciar al ejercitante, o a la persona en formación, para que *aprenda a discernir*, para que discierna su propia oración. Las indicaciones ignacianas para ello son sumamente genéricas y abiertas, ciertamente:

«después de acabado el ejercicio, por espacio de un cuarto de hora, quier asentado, quier paseándome, miraré cómo me ha ido en la contemplación o meditación; y si mal, miraré la causa donde procede; y si bien, dando gracias a Dios nuestro Señor; y haré otra vez de la misma manera» [Ej 77].

Pero, además de estas indicaciones, el ejercitante puede colegir los asuntos que tiene que examinar en esos quince minutos (que es un tiempo relativamente largo): si guardó las condiciones del método propuesto en cuanto a preparación de la oración, adiciones, pasos de la oración, conteni-

<sup>28</sup> No es este el lugar de analizar este tipo de ofertas; ver CONGREGACIÓN PARA LA DOCTRINA DE LA FE, *La meditación cristiana. Carta «orationis formas»*, Palabra, Madrid 1994.

do; qué mociones principales experimentó (consolación y desolación) y de qué espíritu proceden (del bueno, del malo, del propio); si alcanzó o se le concedió el fruto que pedía desde el principio y que buscaba. En este «examen de la oración» hay aspectos más objetivos y fáciles de ver, pero también otros más sutiles, especialmente respecto al discernimiento de las mociones.

Para enseñar el *discernimiento de las mociones*, nos dirá Ignacio, conviene «platicarle» las reglas de discernimiento de Primera o de Segunda semana según en la etapa espiritual en que se encuentre, porque cada etapa espiritual es distinta y el «mucho saber» o mucho informar puede interferir con el aprovechamiento espiritual. En la formación no hay que explicar demasiado pronto reglas de Segunda semana a los chicos espabilados (que, gracias a Dios, abundan en la formación vocacional), pues dice Ignacio que puede hacer daño el adelantar materias avanzadas a quien va despacio en su itinerario espiritual [Ej 9-10]. De hecho, y aunque se haya practicado ya el mes de Ejercicios, no siempre en la formación inicial conviene insistir mucho en materias de discernimiento «sutil» de Segunda semana, pues en muchos casos y durante mucho tiempo basta con asimilar y practicar convenientemente las primeras reglas. Es a saber, basta con familiarizarse con la consolación espiritual, que es distinta de la alegría natural [Ej 316]; y basta con reconocer la desolación espiritual, resistirse a ella [Ej 317-324] y entender el modo como suele atacar el mal espíritu [Ej 325-327], para llevar una vida espiritual muy sana. Más adelante en la formación, generalmente después del noviciado, sí habrá que familiarizarse con los modos más habituales de la «consolación con causa», muy frecuentes en vocaciones iniciales, y saber discernir cómo el mal espíritu puede venir bajo apariencia de bien [Ej 331-334].

En todo caso, ayudar al ejercitante y a la vocación que empieza a que aprenda el arte del discernimiento es mucho más que explicarle las reglas; el discernimiento se debe aplicar a la propia situación, reconocer las distintas mociones en la propia experiencia, confirmar una y otra vez las formas de actuar el bueno y el mal espíritu, etc. Y eso requiere bastante diálogo, análisis de las situaciones y aprendizaje progresivo. Sin un acompañamiento frecuente no se aprende a discernir.

### *Discernir el acompañante*

Acompañar la oración es *discernir la oración que hace el ejercitante* o la persona acompañada en la formación. Lo ordinario en el acompañamiento será escuchar a la persona, como se hace en *Ejercicios*, la exposi-

ción de su propio discernimiento, y establecer un diálogo pedagógico con él para entenderle bien y orientarle mejor, si fuera necesario.

Pero siempre el acompañante debe hacer su propio discernimiento, independiente del que hace el sujeto, para ver si ambos discernimientos

coinciden o disuenan en algo. Este discernimiento lo puede hacer el acompañante después de escuchar, pensando si todas las cosas escuchadas concuerda, si ve coherencia en la narración continuada de los distintos días, si da por bueno el discernimiento del ejercitante o de su acompañado. Porque, especialmente en el discernimiento de Segunda semana, podría aceptar bien algunos discernimientos que, en una segunda lectura entendiera que podrían ser tentaciones sutiles, bajo capa de bien.

De hecho en la formación hay acompañantes y superiores que pueden dar por buena una *afección*

*desordenada* de un formando precisamente porque se presenta en forma coherente, espiritual y plausible. El sujeto no la ve, pero el que acompaña desde fuera tendría que descubrir, antes o después, que hay trampa y engaño en esa vivencia y propuesta. Puede tratarse de una moción a un tipo o lugar de estudios, a un trabajo apostólico determinado, a mantener o rechazar unas relaciones concretas (de amistad, de misión o de familia), etc. Múltiples «consolaciones con causa» pueden ser usadas por el mal espíritu bajo apariencia de bien para llevar al mal al sujeto [Ej 331]. Y algunas de ellas pueden ser tan arraigadas y centrales en la dinámica del sujeto que constituya verdaderas afecciones desordenadas, que impiden toda elección recta, pues no permiten la indiferencia necesaria. Y, por lo tanto, impiden crecer en la buena dirección.

Por eso el acompañante no solo escucha y acepta el discernimiento de la persona acompañada, sino que también pregunta, explora y, eventualmente, contrasta su discernimiento, hasta encontrar la verdad. Al final del diálogo puede haber acuerdo entre los dos, como es lo ideal, o no<sup>29</sup>.

## 2. *Dónde se acompaña la oración*

La oración se acompaña de una manera privilegiada en los *Ejercicios*, donde diariamente el encuentro entre el ejercitante y quien le da los Ejercicios proporciona un ámbito único para un seguimiento muy cercano de las

<sup>29</sup> «Es de advertir que si alguno no obedeciese al que da los ejercicios y quisiese proceder por su juicio, no conviene proseguir en darle los ejercicios»: IGNACIO DE LOYOLA, D. 3, n. 12, en M. LOP, *Los directorios de Ejercicios (1540-1599)*, Mensajero – Sal Terrae, Bilbao – Santander 2000, 27.

*Ayudar al ejercitante a que aprenda el arte del discernimiento es mucho más que explicarle las reglas. Sin un acompañamiento frecuente no se aprende a discernir.*



mociones. Si los Ejercicios son en retiro, la experiencia es claramente intensa, privilegiando ese encuentro íntimo, hasta el abrazo, de Dios con su criatura [Ej 15]. Si los *Ejercicios* se hacen en la vida, lo que puede ser un buen recurso durante algunas etapas de la formación vocacional, es claro que lo concreto de la vida entra más directamente en la oración y es probable que se tomen las decisiones más importantes en tal contexto de oración.

Pero la oración se puede y se debe discernir en el *acompañamiento espiritual* ordinario, donde quizá no suele ser tan frecuente detenerse en este lento discernimiento de la oración y más fácilmente se habla de aspectos aparentemente más prácticos o más urgentes, olvidando esta experiencia tan nuclear de la formación vocacional. El acompañante puede acompañar la oración también cuando hay algún *momento especial* de retiro, triduo, Pascua u otro momento especialmente intenso de oración; pues seguir la oración del acompañado (y no solo sus dificultades) va garantizando que conocemos una parte esencial de la vocación y acompañamos mejor a la persona; en la oración resuena siempre el crecimiento o los bloqueos de la vocación y de la persona.

Finalmente, como indicaremos más abajo, a lo largo del acompañamiento se irá pasando, deseablemente, del acompañamiento de los momentos de oración a ir constatando y comprendiendo la experiencia de Dios en la vida, que es más amplia que la oración...

En todos estos casos la oración perseverante y repetida puede reflejar algunas mociones que pueden ir confirmando (o no) lo acertado del seguimiento de Cristo propio de la vocación. Pues un candidato con muchas dudas vocacionales no estará muy consolado en la oración; un novicio que no es fiel a las grandes líneas formativas de la etapa no tendrá una oración muy jugosa; un junior o seminarista disperso en mil actividades, no todas rectamente ordenadas, no tendrá casi tiempo para orar y, cuando ore, su oración no será de mucha calidad. En definitiva, en el acompañamiento y discernimiento de la oración van a resonar otros problemas que serán así detectados y afrontados<sup>30</sup>.

### 3. *Cómo se acompaña la oración*

¿Qué se debe examinar o comentar en el acompañamiento de la oración? El diálogo sobre este tema en la entrevista ha de ser muy personali-

---

<sup>30</sup> Por supuesto que una oración seca no significa siempre una vida espiritual culpable, como dice Ignacio [Ej 322]. Pero si el Señor prueba o purifica a quien mucho ama, eso también se puede discernir en la narración del sujeto y él lo podrá reconocer como parte de su crecimiento espiritual.

zado, viendo la situación de cada uno y deteniéndose más en los aspectos que esa persona más necesite. Pero parece que lo que conviene discernir son, al menos, tres cosas principales: el método, las mociones principales y la vida que se lleva a la oración.

Se ha de comentar y discernir todo lo relacionado con el *método*, desde los aspectos más exteriores: lugar de la oración, materia de la oración, tiempo dedicado, adiciones empleadas. Los métodos son todos los que Ignacio propone, que son muchos o, más bien, todos los que el sujeto emplee con la sana libertad que va adquiriendo. Al comienzo de la vida vocacional conviene practicar métodos variados, para que la persona vaya encontrando su modo particular que más le ayude. Pero el método y la disciplina son necesarios en los comienzos, así como en momentos de crisis, para asegurar las disposiciones mínimas y la intervención de todas las facultades del sujeto, sin que se produzcan especiales bloqueos<sup>31</sup>.

Examinar o discernir en el diálogo *las mociones principales* es ir entendiendo el lenguaje de Dios: «siempre... le demande de consolación y desolación»<sup>32</sup>. Aquí habría que precisar que conviene dejar hablar de las mociones espirituales que sean (consolación, desolación, agitación) como también de las mociones naturales, o más bien de las emociones naturales de enfado, disgusto, frustración, rabia o cualquiera otra. Muchas de estas reacciones pueden ser indicio de desolación espiritual mezclada con disgusto natural y, en esta agitación y mezcla, pueden indicar motivaciones o expectativas que el sujeto tenga y que interfieren con la experiencia espiritual. Lo cual es normal y el hablar de ello puede ser catártico y una vez expresado dejan de presionar tanto en el alma del que ora.

Se ha de discernir también *el «fruto» de la oración*, que en el esquema de los *Ejercicios* suele expresarse en las peticiones y los coloquios; y que en la oración de la vida también tiene que ver con «lo que busca» el orante. Se discierne el fruto logrado o no alcanzado, y por eso las dificultades que se pueden presentar, como la sequedad o insensibilidad espiritual<sup>33</sup>. De nuevo aparece otro rasgo de la oración ignaciana: la necesidad de pedir, de

<sup>31</sup> Por ejemplo, en la meditación cristiana se ejercita la petición, memoria, la reflexión la afectividad y el diálogo o coloquio; en la contemplación se parte de la Sagrada Escritura, se pide alguna gracia y se implica el que ora, se intenta «reflexionar» para el momento presente, etc. Y así sucede con otros métodos.

<sup>32</sup> IGNACIO DE LOYOLA, D. 1, n. 5, en M. LOP, *Los directorios de Ejercicios*, o. c., 19.

<sup>33</sup> Ver *Ej* 6; dice Ignacio: «al visitar al ejercitante, hay que exigir cuenta de los puntos; y ante todo conviene preguntar sobre lo que se busca en el tal ejercicios, como la contrición cuando se trata de los pecados, etc.»; y si no es clara la situación «debe interrogarle diligentemente de las agitaciones y adiciones»: IGNACIO DE LOYOLA, D. 3, n. 6-7, en M. LOP, *Los directorios de Ejercicios*, o. c., 26.

buscar algo, de desear con fuerza; y en la respuesta (o en su ausencia) algo nos está diciendo Dios.

Se ha de hablar y discernir también *la vida que aparece en la oración*. Una vez serán las distracciones que parecen descentrar de la oración, pero que quizá son recurrentes y, por eso, significativas. Otras veces serán los temas que el que ora lleva a su oración, como situaciones por las que dar gracias, pedir luz, ofrecer contradicciones, etc. La vida ofrece relaciones de todo tipo, sueños e ilusiones, proyectos y realizaciones, fracasos y frustraciones, opciones que se presentan, decisiones que tomar, misión vocacional que cumplir... todo ello ha de pasar por una oración que pretende integrar la vida cotidiana, o para hallar a Dios en todas las cosas. De modo que conviene discernir lo que sale (los contenidos), pero también cómo sale y cómo afecta al sujeto, así ver si se integran o no con la voluntad de Dios, con los valores del evangelio.

*Un rasgo de la oración ignaciana es la necesidad de pedir, de buscar algo, de desear con fuerza; y en la respuesta algo nos está diciendo Dios.*

#### 4. Oración y experiencia de Dios

En los *Ejercicios* en retiro se aprende a vivir toda la jornada en la presencia de Dios. Si contabilizamos estrictamente, cuatro o cinco horas de oración en una jornada de veinticuatro horas parecen pocas. Pero la jornada de *Ejercicios* se ocupa de «examinar la consciencia, meditar, contemplar, orar vocal y mental, y de otras espirituales operaciones» [*Ej* 1] como las siguientes: apartarse; dialogar con el que le da los Ejercicios; hacer gestos corporales para examinarse o para orar (la mano en el pecho, una reverencia o humillación, refrenar la vista); hacer penitencia en la comida, en el sueño o al castigar la carne; proponer; examinar; enmendar; confesarse, acudir a las vísperas o a la eucaristía; advertir; imaginar, pedir, pensar, discurrir; afectarse; considerar; discernir; elegir o reformar su vida, etc. Es decir, todo esto constituyen verdaderas *operaciones espirituales*, es decir, «todo lo que hará el ejercitante para alcanzar los fines de los Ejercicios, o sea, el conjunto completo de actos intencionados y voluntarios, tanto los actos interiores de las potencias del alma en las meditaciones, contemplaciones y coloquios, como los exteriores, corporales, que le aconsejan y prescriben»<sup>34</sup>.

<sup>34</sup> H. BOJORGE, «Operaciones», en *DEI*, o. c., 1362 s, que sigue de cerca los estudios de J. Calveras; ver también J. GARCÍA DE CASTRO, «¿Qué hacemos cuando hacemos los Ejercicios? La actividad del ejercitante a través de sus verbos»: *Manresa* 74 (2002) 11-40.

Toda la jornada de *Ejercicios*, pues, favorece el encuentro con Dios, desde una notable conciencia de sí mismo; y ese encuentro con Dios desborda con mucho los cuatro o cinco ejercicios de oración diarios. De este modo, el que hace *Ejercicios* se va configurando en un estilo de vida diaria, fuera también de los *Ejercicios*, en que se está

*El buen  
acompañamiento de la  
oración durante la  
formación vocacional,  
en clave ignaciana, ha  
de ir apuntando a este  
fin de ver a Dios en  
todas las cosas.*

atento a Dios y a las propias disposiciones para poder ver a Dios en todas las cosas.

Ignacio entiende que Dios de su parte querría tenernos siempre consolados<sup>35</sup>, querría estar en comunión continua con nosotros; y siendo nosotros los que ponemos impedimentos<sup>36</sup>, todo lo que ayude a cuidar la adecuada «disposición» es una adecuada operación espiritual para dejar que Dios se manifieste en nuestra vida. Y así, el contemplativo en la acción<sup>37</sup>, que sería una referencia válida para el jesuita en formación, aspira a «hallar en paz a Dios»

[Ej 150] para, en definitiva, «en todo amar y servir a su divina majestad» [Ej 233].

De modo que acompañar la oración, con pedagogía y con iniciación al discernimiento, debe llevar progresivamente a acompañar el modo de ver a Dios en todas las cosas y el modo de hacer que todo lo que se haga sea puramente por Dios, como sería el estudio, el apostolado, la vida comunitaria o el servicio humilde a los demás en la caridad del servicio social o en el fregadero de la comunidad. Aquí se puede considerar el concepto ignaciano de «devoción», rasgo de la consolación [Ej 322], devoción que se pide al candidato [Co 148, 263], del mismo modo que la sintió frecuentemente Ignacio<sup>38</sup>, y que se puede experimentar tanto en la oración [Co 100] como en la vida toda de desprendimiento personal, servicio humilde y apostolado [Co 53, 197, 254, 282]. La devoción ordenada, pues puede desordenarse y ser un engaño [Co 182, 260], es otra vivencia del contemplativo en la acción.

Parece que un buen acompañamiento de la oración durante la formación

<sup>35</sup> IGNACIO DE LOYOLA, Carta a Magdalena Angélica Domenech, de 12 enero 1554 (MHSI, *Epp.*, VII, 161), *Obras*, o. c., 888: «Es su piedad y clemencia tal, que si a nosotros conveniese, más se inclinaría de su parte a tenernos siempre consolados que afligidos, aun en este mundo».

<sup>36</sup> IGNACIO DE LOYOLA, Carta a Francisco de Borja, de fines de 1545 (MHSI, *Epp.*, I, 340), *Obras*, o. c., 708-709): «A los que enteramente aman al Señor todas las cosas les ayudan y todas les favorecen para más merecer y para más allegar y unir con caridad intensa con su mismo Criador y Señor, aunque muchas veces ponga la criatura impedimentos de su parte para lo que el Señor quiere obrar en su ánima».

<sup>37</sup> A. WITWER, «Contemplativo en la acción», en *DEI*, o. c., 457-465.

<sup>38</sup> Ver *Au* 28, 30, 45, 50, 52, 99, etc; e innumerables citas en el *Diario espiritual*.

vocacional, en clave ignaciana, ha de ir apuntando a este fin de ver a Dios en todas las cosas. Lo cual significa que la vida se hace transparencia de la divinidad; pero que también la oración se hace más fácil, más sencilla y, a la vez, más unida a la vida. La oración personal no se diluye o se sustituye por una mirada creyente de la realidad; sino que, al contrario, es la que permite y alimenta esa mirada, pues sin momentos de oración no se verá la realidad con mirada pura. Y, de este modo, la oración del joven religioso en formación se puede ir haciendo cada vez más una oración apostólica, que se alimenta de todo lo que hace (apostolado directo o no) y que a su vez da sentido a todo lo que hace. Pues, aunque esté muy pegada a la realidad, esa oración apostólica no olvida la relación directa con Dios sino que, cuando es auténtica, facilita cada vez más una relación inmediata con el «Criador y Señor»<sup>39</sup>.

## **Conclusión**

En la formación inicial de los religiosos y en su acompañamiento espiritual confluyen elementos de distinto tipo. Algunos son institucionales, como la casa común, la vida de comunidad, la organización del grupo, la dependencia orgánica del superior mayor. Otros se aglutinan en torno a la instrucción necesaria, tanto espiritual como académica y pastoral. Encontramos también elementos de experiencia objetiva, como las indicadas para el noviciado (*Ejercicios*, peregrinación, hospitales, etc.). Y otros elementos formativos se refieren más claramente a la vivencia subjetiva de la persona en formación, de cómo asimila la nueva espiritualidad y cómo vive la vocación que empieza. En este esfuerzo por garantizar la personalización aparecen las figuras de los formadores principales, cuyo papel en los textos ignacianos no está del todo delimitado, sobre todo entre el superior y el acompañante espiritual.

Pero sí queda claro en el acompañamiento formativo de estilo ignaciano que se requiere diálogo personal frecuente, personalización de la instrucción y ayuda para la asimilación personal (o internalización) de lo vivido. Ignacio es un maestro convencido del acompañamiento espiritual personal en proceso.

Sin ser exhaustivos, en las páginas anteriores se han señalado algunos rasgos importantes de la formación ignaciana y de su modo de acompañar,

---

<sup>39</sup> En el *Diario espiritual*, Ignacio mismo pasa de orar sobre una decisión concreta, la pobreza de las iglesias (*De* 1-18) a olvidarse de ese tema para centrarse en la relación propiamente dicha con la Trinidad y con nuestra Señora (por ejemplo, *De* 58 ss).

deteniéndonos particularmente en el acompañamiento de la oración, tal y como Ignacio lo indica en las *Constituciones* y en los *Ejercicios*. Se trata de un ideal propuesto, ideal que él mismo aplicó a las personas particulares con mucha flexibilidad y con un discernimiento concreto, tal y como aparece, por ejemplo, en las distintas cartas dirigidas a superiores de estudiantes o a jesuitas en formación a que hemos aludido más arriba.

Revisando dichos textos nos encontraríamos de nuevo con la *paradoja* tan ignaciana de ver juntas la radicalidad en la propuesta y la flexibilidad en la aplicación; una paradoja que tiene su lógica, pensamos, en su concepción del acompañamiento. Pues puede parecer paradójico que, para formar un religioso apostólicamente libre y creativo, se recurra a un método formativo donde parece privilegiarse la abnegación, la obediencia y la contención de los deseos apostólicos. Y, sin embargo, esta paradoja deja de serlo cuando entendemos la formación como un edificio que necesita un cimiento y fundamento seguro [Co 307, 814]; o como un entrenamiento deportivo en que se trabaja el nivel físico general antes de la especialidad<sup>40</sup>; o cuando aceptamos que preparar un campo adecuadamente es requisito para que produzca frutos abundantes<sup>41</sup>.

Este tipo de acompañamiento espiritual, mirando el fin que se pretende, es el que inspira la pedagogía en proceso: un acompañamiento que apunta al largo plazo, que busca un resultado duradero y consistente, y que para ello se despliega en un proceso escalonado, un tanto paradójico, pero que claramente busca formar al apóstol que sea capaz de hallar en paz a Dios y de amarle y servirle en todas las cosas.

<sup>40</sup> También el jesuita, como el deportista, debe «correr»: Co 279, 386, 582.

<sup>41</sup> Imágenes universales y de resonancias bíblicas: casa edificada sobre roca (Mateo 7,24), piedra angular (Efesios 2,20; 1 Pedro 2,4), deportistas en el estadio (1 Corintios 9,24ss); parábola del sembrador (Marcos 4,3ss).